

sion al castellano, para que los españoles y judíos que habían acudido á la novedad comprendiesen lo que hablaba.

En estos momentos, las fuerzas que componen el ejército de Africa son las siguientes :

*Infanteria.*

Batallones de línea. . . . .	28
Provinciales. . . . .	1
Cazadores. . . . .	19
Batallones de Voluntarios. . . . .	4

*Artilleria.*

Regimientos. . . . .	1
Batallones. . . . .	2
Escuadrones. . . . .	3
Compañías. . . . .	11
Piezas. . . . .	78

*Caballeria.*

Escuadrones. . . . .	12
----------------------	----

*Ingenieros.*

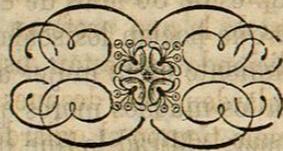
Batallones. . . . .	2
Compañías. . . . .	3

*Guardia civil.*

Hombres. . . . .	50
------------------	----

*Carabineros.*

Hombres. . . . .	135
------------------	-----



**CAPÍTULO XXVI.**

Carácter de las guerras religiosas.—Tolerancia para con los vencidos.—Nuevo aspecto de Tetuan.—Conducta digna y prudente de los soldados españoles.—Sidi-Said, santón antiguo de los moros.—Su fanatismo y superstición.—Sinietras intenciones de los habitantes de aquella ciudad.—Documento hallado en la morada del ministro marroquí.—Embajada de paz.

No es tan fácil arrancar de un pueblo las falsas creencias religiosas arraigadas en él profundamente, como someterle á nuevas leyes y alterar aquellas de sus costumbres que no forman parte de su religion misma. Como en materias de fe no se discute, para convencer á un pueblo de sus errores religiosos no se puede emplear la mas poderosa de las armas, que es el raciocinio, y al mismo tiempo es inútil la violencia, porque esta consigue cuando mas obligar á las creencias á ocultarse en el fondo de los corazones donde tienen un asilo de que es imposible privarlas.

Por otra parte, como todas las religiones reservan para la otra vida los premios y castigos mas grandes y mas duraderos, no es posible convencer á nadie en esta de las ventajas que lleva una religion sobre otra, porque los verdaderos creyentes, al manifestarles los inconvenientes de la que profesan, eluden la cuestion parapetados en su fé, diciendo que están dispuestos á arrostrarlos todos para obtener el galardón que despues de la muerte se les prepara. Y como al mismo tiempo el galardón que las religiones prometen no se puede obtener sino sabiendo sufrir y morir por ellas, resulta que no hay brazo de creyente que no se arme contra el que pretende hacerle abdicar su religion, de lo que nace el carácter sanguinario y crónico que toman las guerras religio-

sas, en las cuales se mata y se muere en nombre de Dios, y las transacciones son de todo punto imposibles. El único desenlace posible de una guerra de religion es el completo exterminio de una ó otra de las partes beligerantes, y una guerra de religion es inevitable cuando un pueblo se empeña en imponer á otro sus creencias.

Guardémonos bien, para introducir nuestra civilizacion en las comarcas de Africa en que el poder de España se establezca definitivamente, de herir los sentimientos religiosos de los pueblos invadidos, porque nuestra intolerancia levantaria contra nosotros hasta las piedras, como suele decirse; lanzariamos á nuestra patria á los azares de una guerra que la generacion actual no veria concluida, y que léjos de consolidar nuestras conquistas nos obligaria al fin á abandonarlas. No se olvide que el Gobierno marroquí para dar aliento á los salvages con que quiso oponerse á nuestra marcha victoriosa, les inculcó la idea de que nuestras armas les arrebatarian sus creencias, ni se olvide tampoco que el respeto á estas ha tranquilizado á los moros que habian abandonado á Tetuan, de suerte que muchos de ellos han regresado ya á la ciudad en que tremolan hoy nuestras enseñas. Ademas, nuestra nacion está mas obligada que ninguna otra á manifestarse tolerante por lo mismo que tanta fama tiene de no serlo; pues sabido es que los estrangeros, en la imposibilidad de negar nuestros grandes hechos consignados en todas las páginas de la historia, procuran amenguar su precio llamando la atencion hácia los actos de intolerancia con que los hemos deslucido.

Renunciar á hacer por medio de la violencia cristianos á los moros no es renunciar á civilizarlos. Ellos irán poco á poco imperceptiblemente transformándose y convirtiéndose á nuestra religion, sin mas que adoptar nuestras leyes y costumbres. Estas las adoptarán con poca repugnancia, porque sobre leyes y costumbres la discusion es posible no habiendo ningun artículo de fé que cierre herméticamente sus puertas, y los pueblos no tienen inconveniente en aceptar innovaciones que aumenten la suma de su bienestar en esta vida sin menoscabo de los premios que su religion les ofrece para la otra.

Ni tampoco es renunciar á volver á los moros cristianos renunciar á volverles cristianos á la fuerza. Todo lo contrario, renunciar á volverles cristianos á la fuerza es renunciar á un medio que no sirve para conseguir el objeto. No será difícil convencerles que con nuestra organizacion política y social nosotros somos

mas felices que ellos, mas libres, mas civilizados, pero nadie conseguirá persuadirles de que Dios no tiene un profeta, que es Mahoma. No nos empeñemos de consiguiendo en prepararles á la civilizacion por medio del cristianismo, sino al cristianismo por medio de la civilizacion. Por lo mismo que todos los gérmenes de la civilizacion se hallan contenidos en el Evangelio, por lo mismo que la espresion mas elevada de la civilizacion es sin duda alguna el cristianismo, cuya voz se niegan á oír las sociedades embrutecidas por el fatalismo mahometano, debemos procurar sacar á esas sociedades de su embrutecimiento para que la civilizacion las obligue á rechazar una religion falsa que no puede contenerla dentro de sus límites mezquinos. El cristianismo es una luz que no la pueden ver los que están moralmente ciegos. Para que la vean es menester curarles antes de su ceguera, y curarles antes de su ceguera es civilizarles. Civilicemos á los pueblos con quienes nos pongan en contacto nuestras victorias para que abran los ojos y puedan ver la luz del cristianismo. Si los mahometanos estuviesen civilizados se darian verguenza de no ser cristianos. ¿Qué otra cosa mejor se puede hacer pues que civilizarles para que dejen de ser mahometanos?

Desde que nuestras tropas ocupan Tetuan, su aspecto es cada dia mas halagüeño y lisongero, las calles se han limpiado; las tiendas se abren; las mezquitas se llenan en las horas de rezo; los judios olvidan sus reveses, y recordando el espíritu comercial, que es su móvil, improvisan bazares á donde nuestros soldados acuden en busca de algunas provisiones, destinadas á aumentar un poco el bienestar de la vida de campamento. No hay prefecto que iguale al general Rios: es un hombre de administracion y no ignora ninguno de los detalles del municipio.

En la poblacion se presencian escenas muy singulares. En el ángulo de una plaza se ve á un cazador ó un coracero gesticulando energicamente para darse á entender á un moro que se obstina en no comprender nada de ese lenguaje pantomímico: por otro lado el Muezzin desde lo alto del minarete, recuerda á los creyentes la hora de la plegaria, y entonces los discipulos de Mahoma marchando como sombras, van á purificarse con sus abluciones á la fuente de la gran mezquita.

Nada ha cambiado en la ciudad, escepto haber algunos moros menos. La religion se ejerce libremente, y es tal el buen sentido y el gran corazon del soldado español, que ni por un momento ha pensado en burlarse ó ridiculizar las fórmulas religiosas de

este pueblo tan nuevo para él. Tan grande como en el combate, se le vé hoy digno en la victoria.

Todo lo ha olvidado; los excesos cometidos por sus enemigos, sus fatigas, sus penas, sus privaciones, su hermano muerto, su amigo herido.... No ve mas que un hermano en el que ayer era su enemigo.

La historia filosófica del hombre es la misma, ya se le considere individual ó colectivamente. Un soldado sufre una transformación al contacto de sucesos extraordinarios: seguramente cien ó veinte mil individualidades, sometidos á los mismos sucesos experimentarán las mismas transformaciones. He aquí como lo debe considerar la imparcialidad y el buen sentido: el soldado español acaba de salir de su aldea; ha sido arrancado á los trabajos campestres, á su vida sencilla, pacífica sin emociones, sin pesares, no ha experimentado grandes alegrías, pero tampoco sentimientos dolorosos. Apenas llegado al Africa, sus gefes le han conducido al fuego, y ha visto perecer á su lado al camarada de quien no se habrá separado nunca. Al volver solo á su tienda, donde hasta entonces habia dormido al lado de aquel mártir de la patria, su entristecido pensamiento ha volado hácia su hogar doméstico; ha recordado á su madre, sola ó rodeado de sus hermanos, en la choza en que pasó su infancia; este piadoso recuerdo le enternece y acaso le causa lágrimas; lágrimas que engrandecen su alma, y que le hacen considerar las cosas desde una region desconocida y elevada: su inteligencia se dilata, y su corazon se abre á las mas dulces sensaciones.

Cuanto menos confia en salvar su vida de los azares de la guerra, tanto mas aumenta la suma de sus tiernas afecciones. Un gran poeta francés, que murió bien jóven, dotado de una sensibilidad esquisita, Alfredo de Musset, en un acceso de sufrimiento y de amargura, dejó caer de su pluma estos hermosos versos: «*Nada nos hace tan grandes, como un gran dolor.*»

Las mezquitas son, asi en Tetuan como en todo el Imperio, del patronato del Emperador ó de fundacion particular, todas tienen propiedades y censos para el mantenimiento del culto, que es sencillo y poco fastuoso. Entre las *chumas* ó mezquitas que más crédito gozan en la ciudad, hay una que miran los moros con mucha veneracion y respeto: la de Sidi-Said, santón de antigua y no interrumpida fama en Tetuan.

Cuéntase que en lucha con los cristianos, un moro natural de este pueblo habia sido hecho cautivo. Su anciana madre le es-

peró un año, y otro y otro inútilmente: el prisionero no volvía. Cansada de esperar y de llorar, si una madre puede cansarse de esperar y llorar á su hijo, acudió un dia á la mezquita, y allí postrada pidió fervorosamente á Dios la vuelta del desdichado que gemia entre cadenas ausente de su amor y de su patria. Dios segun la leyenda marroquí, no se mantuvo sordo á sus ruegos; y cuando la afligida madre salió de la *chusma*, se encontró en el umbral de la puerta sentado al hijo de sus entrañas, con los grillos puestos todavía; ¡habia milagrosamente quebrantado los hierros de su mazmorra y llegado allí en la blanca yegua del Profeta! En accion de gracias, colgaronse los grillos del cautivo rescatado en el interior de la mezquita, y desde entonces ha venido acrecentándose hasta el dia la devocion de los habitantes de Tetuan hácia Sidi-Said, el santón, cuyo sepulcro cubierto con un paño ercarnado se alza en medio del templo.

Los moros, como todo pueblo ingnorante y grosero, son estrechamente supersticiosos. Dentro ó fuera del zaguan de todas las casas, hay con tinta negra ó azul trazada una mano, de una forma imperfecta y dura para evitar que penetren en el hogar doméstico los malos espíritus y las malas tentaciones. Son muchos los amuletos que llevan; pero los que tienen mas virtud son aquellos en que encierran escritos de una manera mas ó menos caprichosa, los suras ó capitulos 113 y 114 del Korán; el primero como preservativo contra los peligros del alma, y el segundo contra los peligros del cuerpo.

Sumergidos en esa eterna indolencia que tanto caracteriza al pueblo mahometano, se pasan las horas y los dias en continua oracion. Dias pasados un moro, que acurrucado en el hueco de una puerta pasando las cuentas de su largo rosario, elevaba á Dios sus súplicas con una especie de cántico á media voz, prolongado y monótono, sin parar mientes en nada y en nadie de cuantos pasaban á su lado, pareciase á uno de esos mendigos que, privados de vista y en actitud inmóvil, se sientan en las esquinas de nuestras calles implorando la caridad pública con un acento que nunca varia y una suplica que nunca se acaba.

Las costumbres de estos pueblos son ásperas y silenciosas, porque la mujer con su encanto no las dulcifica y las pule. La sociedad, ó mejor dicho el trato social, no existe allí; las ciudades y aldeas morunas son una agrupacion de familias, sin lazos verdaderamente íntimos que las unan y acerquen; cada cual vive en su casa con sus mujeres y sus hijos; no hay reuniones, no hay pa-

seos, no hay nada. El mercado y la mezquita: hé aquí los dos únicos elementos sociales del musulmán.

Ni en la calle ni en los cafés, ni aun en las mezquitas se percibe una muger mora; baste decir que ni van á orar al pie de los sepulcros de piedra blanqueada, donde yacen los restos de sus padres ó esposos. ¡Que alejamiento de la sociedad! ¿Podrá haber mora que sea infiel al esposo? Cuentan las crónicas de aquel incomprendible país, que las ha habido tan apasionadas, que han preferido el veneno á no agotar el placer al lado de un amante, pues en materia de amor son mas fuertes que nuestras frívolas coquetas. Hermosas, nacidas bajo un sol ardiente, las mahometanas cuando aman, lo hacen con todo el fuego de su corazón; amor que comparten con el que profesan á los hijos. La que falta al esposo es arrojada de su lado, abandonada en la tierra sin poder contraer segundas nupcias.

La imprenta no ha esparcido sus vivos resplandores entre estos bárbaros. Casi todos sus libros son manuscritos; algunos con tintas de varios colores: negra, azul y roja. La mayor parte son libros de oraciones; otros de historia, que por cierto pertenecen á escritores antiquísimos, y los menos de literatura, que llaman *adab*. Se han recogido algunos, aunque pocos, muy curiosos con destino al ministerio de Fomento, y entre los cuales los hay de supersticiones y sortilegios, esplicacion de sueños á interpretaciones del Korán.

Se ha dicho que los moros son aficionados á la música; pero á juzgar por lo que se ha visto últimamente, no se les conoce mucho. Nuestras bandas militares no turban ni un solo momento su perezosa indiferencia, y las oyen, valiéndonos de una espresion vulgarísima, como si oyeran llover. Los instrumentos de que mas uso hacen, son toscos y groseros en demasia; una flauta sin llaves, larga y poco pulida; una especie de guitarra con dos cuerdas, estrecha y sin trastes que no produce ni la menor armonía; la pandereta y dos tamborillos con caja de barro, undidos entre sí y de un son tan áspero como desapacible.

A decir verdad, todos los encantos de estas ciudades morunas pueden encerrarse en una caja de fósforos: sus calles sucias y angostas; sus casas silenciosas y cerradas á macha martillo, como la puerta del cielo para los réprobos: las vueltas y revueltas, pasadizos y arcos que hacen de cada calle un laberinto y una cueva; los moros con las barbas punteagudas, las piernas desnudas, el jaique ó albornoz no muy limpios, que mueven pesadamente

sus pies, si tienen que hacer algo, ó se encojen junto á una pared, como figuras de resorte, si quieren tomar el sol ó el fresco: todo este conjunto extraño, monótono y frío, donde el hombre es un bruto y la mujer un misterio, sorprende al mismo tiempo y cansa.

Cuesta trabajo el creer, que esta raza haya acometido y llevado á cabo grandes empresas; que haya sido activa, enérgica y civilizadora. Hoy no conserva siquiera la sombra de lo que fué; es una raza descompuesta por la inmovilidad, que es la muerte de las Naciones. ¡Bien haya la santa ley del progreso, que es la inteligencia, que es el vigor, que es la vida de los pueblos! Detenerse es agonizar, pararse es morir. No hay mas que seguir con el pensamiento puesto en Dios y las fuerzas en el trabajo, la senda que la Providencia ha señalado á la humanidad, y fuera de la cual no hay poder, ni grandeza, ni gloria.

El Africa se ha separado de este camino, y por eso, á pesar del sol que la ilumina, de su fecunda tierra y de los mares que la rodean, yace abatida y postrada, habiendo dejado un gran hueco vacío en la historia del mundo.

Y porque nos paramos también, caímos nosotros en los últimos tiempos de la monarquía austriaca desde el colmo de la grandeza al abismo de la humillación; y porque marchamos hoy, nuestra patria prospera; nuestra bandera, antes olvidada, flota en los muros de Tetuan; la Europa nos contempla con asombro y el porvenir nos sonríe.

Respetando como es debido el sentimiento religioso de estos habitantes, el general Rios, en virtud de orden superior ha prohibido la entrada en los templos mahometanos á todos cuantos no profesen la ley del Profeta y practiquen su culto. Hace bien, porque nada mas digno de consideración que la creencia de los pueblos y el santuario de su conciencia; y aun cuando esta determinación nos prive del gusto de conocer los ritos de los creyentes, la aplaudiremos siempre porque revelará á los ojos de Europa, que no venimos como en pasados tiempos, á arrancar la fé de ningún corazón con la punta de nuestra espada: resérvese eso á la propaganda pacífica y civilizadora, que es la que enseña la diferencia que existe entre los falsos ritos y la religión verdadera.

Por fuera, la apariencia de las mezquitas está muy lejos de ser suntuosa. Una puerta de madera mas ó menos alta; unas paredes blanqueadas; un minarete cuadrado, esbelto, pero indudablemente no tan majestuoso como las torres de algunas de